

ojos iban á dar razón ó no á su espíritu y á su corazón. El momento esperado era uno de los más solemnes de la vida de una mujer, y los tres meses de correspondencia íntima habían contribuído á hacerlo tan novelesco como puede desearlo la joven más exaltada. Todo el mundo, excepto la madre, había confundido la abstracción originada por la espera con la calma de la inocencia. Por poderosas que sean las leyes de la familia y los recursos religiosos, existen Julias de Estanges, Clarisas y almas que rebosan entusiasmo cual copas demasiado llenas. ¿No resultaba Modesta sublime al desplegar una salvaje energía para permanecer oculta y comprimir su exuberante juventud? Hemos de hacer observar que el recuerdo de su hermana era más poderoso que todas las trabas sociales y que la joven había forrado de hierro su voluntad para no faltar á su padre ni á su familia. ¡Pero qué arranques tumultuosos tenía! ¿cómo no los había de adivinar una madre?

Al día siguiente, al mediodía, Modesta y la señora Dumay condujeron á la señora Miñón á sentarse en el banco situado en medio de las flores para que tomase el sol. La ciega volvió su lívido y marchito rostro hacia la parte del océano, aspiró el olor del mar y tomó la mano de Modesta, que permanecía á su lado. En el momento de interrogar á la hija, la madre luchaba entre el perdón y la reprimenda, pues había adivinado su amor, y Modesta le parecía, como al falso Canalis, una excepción.

—¡Si tu padre no vuelve pronto, si tarda mucho aún, sólo te encontrará á ti de los seres á quienes ama! Así es que, Modesta, prométeme de nuevo que no le abandonarás nunca,—dijo la ciega con maternal zalamería.

Modesta se llevó las manos de su madre á los labios y las besó con suavidad, respondiéndole:

—¿Qué necesidad tienes de que te lo repita?

—¡Ah! hija mía, es que yo misma abandoné á mi padre por seguir á mi marido, á pesar de que quedaba

solo y de que no tenía más hija que yo... ¿Es acaso esto lo que Dios castiga en mi vida?... Lo que te pido es que te cases á gusto de tu padre, que le conserves un lugar en tu corazón, que todo lo sacrifiques á tu dicha y que vivas siempre con él. Antes de perder la vista, le comuniqué mi última voluntad, la cual estoy segura que ejecutará. Le decía que conserve toda su fortuna, no porque yo desconfíe remotamente de ti, sino porque nunca se puede estar seguro de un yerno. ¿Fuí yo acaso razonable, hija mía? Una mirada decidió mi vida. La belleza, esa enseña tan engañosa, resultó cierta para mí; pero si ocurriese lo mismo contigo, pobre hija mía, júrame que dejarías á tu padre el cuidado de informarse de las costumbres, del corazón y de la vida anterior del que eligieses para compañero, si por casualidad llegases á elegir á alguno.

—¡No me casaré nunca sin el consentimiento de mi padre!—respondió Modesta.

Después de haber recibido esta respuesta, la madre guardó un profundo silencio y su fisonomía casi muerta anunciaba que meditaba como lo hacen los ciegos, fijándose principalmente en el acento con que la joven había pronunciado estas dos últimas palabras.

—Es que, mira, hija mía—dijo la señora Miñón después de un largo silencio,—si la falta de Carolina me va matando lentamente, tu padre no sobreviviría á la tuya; le conozco y sé que se levantaría la tapa de los sesos, y no habría ya para él vida ni dicha posible sobre la tierra.

Modesta se levantó, dió algunos pasos para alejarse de su madre, y volvió unos instantes después.

—¿Por qué me has dejado?—preguntó la señora Miñón.

—Porque me has hecho llorar, mamá—respondió Modesta.

—Pues bien, ángel mío, abrázame. Tú no amas á nadie aquí, ¿verdad?... no tienes ningún pretendiente,

¿no es cierto?—preguntó la anciana á Modesta teniéndola sobre sus rodillas y estrechándola contra su corazón.

—No, mamá querida,—respondió la hipocritona.

—¿Me lo juras?

—¿Por qué no?—exclamó Modesta.

La señora Miñón no dijo nada más, pero dudaba aún.

—Y si escogieses un marido ¿lo sabría tu padre antes?—repuso la madre después de una pausa.

—Así te lo prometí á ti y á mi hermana, madre mía. ¿Cómo quieres que cometa falta alguna leyendo á todas horas en mi dedo: «¡Piensa en Betina!...» ¡Pobre hermana mía!

En el momento en que á la exclamación: «¡Pobre hermana mía!» sucedía un profundo silencio entre la hija y la madre, cuyos dos apagados ojos dejaron correr lágrimas que no pudo secar Modesta, sentándose en las rodillas de la señora Miñón y diciéndole: «¡Perdón, perdón, mamá!», el excelente Dumay subía la cuesta de Ingouville con paso acelerado, hecho anormal en la vida del cajero.

Tres cartas habían anunciado la ruina, y una carta anunciaba la fortuna. Aquella misma mañana Dumay acababa de recibir de manos de un capitán llegado de los mares de la China, la primera noticia de su amo, de su único amigo.

#### AL SEÑOR ANA DUMAY

ANTIGUO CAJERO DE LA CASA MIÑÓN

«Mi querido Dumay: Salvo los riesgos de la navegación, seguiré muy de cerca al navío por cuyo conducto te escribo; no he querido dejar mi barco, al que estoy acostumbrado. Te había dicho al partir: «Si no hay noticias más, buena señal», y espero que las primeras líneas de esta carta han de regocijarte, porque sirven

para decirte: «¡Tengo lo menos siete millones!» Llevo una parte de mi fortuna en añil, una tercera parte en letras contra Londres y París, y otra tercera parte en magnífico oro. Tu envío de dinero me sirvió para alcanzar la cifra que me había fijado. Deseaba dos millones para cada una de mis hijas y una vida tranquila y desahogada para mí. He comerciado en opio para casas de Cantón, todas ellas diez veces más ricas que yo. En Europa no podéis formaros una idea de lo que son los ricos comerciantes chinos. Iba del Asia Menor, donde me procuraba opio á bajo precio, á Cantón, donde entregaba mis géneros á las compañías que se dedican allí al comercio. La última expedición la hice á las islas de Malasia, donde pude cambiar el opio por añil de primera calidad. Tendré, pues, quinientos ó seiscientos mil francos más, pues no cuento el añil más que por lo que me cuesta. Mira lo que es trabajar para los hijos, que siempre he gozado de perfecta salud. Al segundo año de mi llegada, pude comprar el *Miñón*, bonito bergantín de setecientas toneladas, construído con madera de teck, forrado y chapeado con cobre, y cuyo mando ejercí siempre. Está propiedad es un nuevo valor que no cuento tampoco. La vida del marino, la actividad exigida por mi comercio y mis trabajos para llegar á ser una especie de capitán han conservado mi salud. Hablarte de todo esto, ¿no es hablarte de mis dos hijas y de mi querida mujer? Supongo que al saber que estaba yo arruinado, el miserable que me privó de mi Betina la habrá abandonado, y que la oveja descarriada retornaría al redil. ¿No será preciso aumentar algo el dote de ésta? Mis tres mujeres y mi Dumay, todos habéis estado presentes en mi pensamiento durante estos tres años. Tú eres rico, Dumay: aparte de mi fortuna, tu parte asciende á quinientos sesenta mil francos, los cuales te envío en letra, que sólo podrá ser cobrada por ti en la casa Mongenod, que habrá recibido aviso de Nueva York. Algunos meses más y espero veros á todos sanos

y buenos. Si te escribo á ti ahora únicamente, mi querido Dumay, es porque deseo guardar el secreto de mi fortuna y porque quiero confiarte el cuidado de que prepares á mis queridos ángeles para mi llegada. Ya estoy cansado del comercio, y pienso dejar el Havre. La elección de mis yernos me preocupa mucho. Tengo intención de adquirir de nuevo la tierra y el castillo de La Bastie, de constituir un mayorazgo de cien mil francos de renta por lo menos, y de pedir al rey el favor de hacer que pase á uno de mis yernos mi nombre y mi título. Mi querido Dumay, ya sabes la desgracia que nos acarreó el fatal renombre que adquiere la opulencia, desgracia en la que perdí el honor de una de mis hijas. En uno de mis viajes, llevé á Iova al más desgraciado de los padres, á un negociante holandés, poseedor de nueve millones, al cual fueron arrebatadas sus dos hijas por dos miserables, y juntos lloremos como dos chiquillos. No quiero, pues, que sea conocida mi fortuna, y no desembarcaré en el Havre, sino en Marsella. El segundo de á bordo es un provenzal, un antiguo servidor de mi familia, al cual di medios de hacer una fortunita. Castagnould recibirá instrucciones más para rescatar La Bastie, y mientras tanto yo me encargaré de dar salida al añil por mediación de la casa Mongenod. Colocaré mi capital en el Banco de Francia, y volveré á buscaros simulando que tengo una fortuna de un millón en mercancías. Á mis hijas les señalaré únicamente como dote la suma de doscientos mil francos. Escoger un yerno que sea digno de heredar mi nombre, mis armas y mis títulos, y de vivir con nosotros, será mi constante ocupación, pero quiero que ambos prometidos de mis hijas sean como tú y yo, avezados, firmes, leales y honrados en todo. Viejo mío, no he dudado de ti ni un sólo instante. He pensado siempre que mi buena y excelente mujer, la tuya y tú, habréis trazado una barrera infranqueable alrededor de mi hija y que podré depositar un beso lleno de esperanzas en la frente pura del ángel que

me queda. Betina Carolina, si vosotros habéis sabido ocultar su falta, tendrá fortuna y podrá aún por lo tanto ser feliz. Después de habernos dedicado á las armas y al comercio, vamos á hacernos agricultores y tú serás nuestro intendente. ¿Te agrada la idea? Viejo amigo mío, observa con mi familia la conducta que estimes conveniente, y calla ó di lo que te parezca acerca de mis éxitos. Confío en tu prudencia. En cuatro años, puede haber habido tantos cambios en los caracteres, y temo tanto la ternura de mi mujer por sus hijas, que te nombro juez único en este asunto. Adiós, mi viejo Dumay; dí á mis hijas y á mi mujer que no he dejado nunca de abrazarlos de corazón todos los días, mañana y noche. La segunda letra de cuarenta mil francos, extendida también á tu favor, es para mi mujer y para mis hijas, hasta que yo llegue.

»Tu amo y amigo,

»CARLOS MIÑÓN.»

—Tu padre llega—dijo la señora Miñón á su hija.

—¿En qué lo conoces, mamá?—preguntó Modesta.

—Sólo el deseo de darnos esta noticia es capaz de hacer correr á Dumay.

Modesta, sumida en sus reflexiones, no había visto ni oído á Dumay.

—¡Victoria!—exclamó el teniente desde la puerta.—Señora, el coronel no ha estado nunca enfermo, y vuelve... vuelve en el *Miñón*, hermoso buque de su propiedad, que debe valer, con la carga de que me habla, unos ochocientos ó novecientos mil francos; pero les recomiendo á ustedes la más profunda discreción, pues trae el corazón lacerado aún por la desgracia de nuestra querida difunta.

—¡Le habrá levantado en su corazón una tumba!—dijo la señora Miñón.

—Atribuye esa desgracia á la ambición que las grandes fortunas hacen nacer en los jóvenes, en lo cual estamos de acuerdo... Mi pobre coronel cree que

va á hallar á la oveja descarriada en medio de nosotros... Seamos felices *inter nos*, y no digamos nada á nadie, ni á Latournelle, si es posible... Señorita—dijo al oído á Modesta,—escribirá usted una carta á su señor padre, dándole cuenta de la pérdida que ha habido en la familia y de las terribles consecuencias que tuvo aquel acontecimiento, á fin de prepararle para el doloroso espectáculo que le espera; yo me encargo de hacer llegar esa carta á poder de su padre antes de que éste venga al Havre, pues sé que le precisa el pasar por París; escríbale usted, pues, extensamente, que yo cuidaré de llevarme la carta el lunes, día en que iré sin duda á París...

Modesta temió que Canalis y Dumay se encontrasen, y quiso subir á su habitación para escribirle y aplazar la cita.

—Señorita—repuso Dumay de la manera más humilde impidiendo el paso á Modesta,—dígame que su padre va á encontrar á su hija sin otro cariño en el corazón que el que sentía á su marcha por él y por su señora madre.

—He jurado á mi hermana y á mi madre, y me he jurado á mí misma, ser el consuelo, la dicha y la gloria de mi padre, y lo cum...pli...ré—replicó Modesta dirigiendo una altiva y desdenosa mirada á Dumay.—No turbe usted con injuriosas sospechas la alegría que siento al saber que muy pronto podré abrazar á mi padre. Es imposible impedir que el corazón de una joven deje de latir; ¿quiere usted que sea una momia? Mi persona pertenece á mi familia, pero mi corazón es mío. Si amo, mi padre y mi madre lo sabrán. ¿Está usted contento, caballero?

—Gracias, señorita—respondió el veterano,—me devuelve usted la vida; pero bien podía usted decirme *Dumay*, aunque fuera dándome un cachete.

—Júrame—dijo la madre—que no has cambiado palabra ni mirada alguna con ningún hombre...

—Puedo jurarlo, madre mía—dijo Modesta sonrién-

dose y mirando á Dumay, el cual la examinaba y se sonreía como una joven que acaba de hacer una travesura.

—¡Muy hipócrita tenía que ser si no dijese la verdad!—exclamó Dumay cuando Modesta se fué á su habitación.

—Mi hija puede tener defectos—respondió la madre,—pero es incapaz de mentir.

—Tranquiliémonos, pues, y pensemos que la desgracia ha saldado su cuenta con nosotros—repuso el teniente.

—¡Dios lo quiera!—repuso la señora Miñón.—Usted *le* verá, Dumay; yo no podré más que oírle... ¡Cuánta melancolía encierra mi dicha!

En aquel momento Modesta, aunque se alegraba de la vuelta de su padre, estaba afligida como Petri-lla cuando vió sus huevos rotos, pues esperaba una fortuna mayor de la que anunciaba Dumay. Habiéndose hecho ambiciosa por causa de su poeta, la joven deseaba por lo menos la mitad de los millones de que había hablado en su segunda carta. Presa de su doble alegría y contrariada por la pequeña desazón que le causaba su relativa pobreza, se sentó al piano, que es el confidente de tantas jóvenes, á quien éstas cuentan sus disgustos y sus esperanzas, expresándolo todo mediante los distintos matices que imprimen á la música. Dumay hablaba con su mujer paseándose por debajo de las ventanas, le comunicaba el secreto de su fortuna y le interrogaba acerca de sus deseos, de sus esperanzas y de sus intenciones. Al igual que su marido, la señora Dumay no tenía más familia que la familia Miñón. Los dos esposos decidieron, pues, vivir en Provenza si el señor de La Bastie se trasladaba á Provenza, y legar su fortuna á aquel de los hijos de Modesta que más lo necesitase.

—¡Escuchen ustedes á Modesta!—les dijo la señora Miñón.—Sólo una muchacha enamorada puede componer semejantes melodías sin haber estudiado música.

Las casas podrán arder, las fortunas desaparecer, los padres volver de viaje, los imperios derrumbarse, el cólera diezmar la ciudad, pero el amor de una joven prosigue su vuelo como la naturaleza su marcha, y como ese espantoso ácido que ha descubierto la química y que puede horadar el globo si no hay en su centro algo que lo absorba.

He aquí la romanza que su situación había inspirado á Modesta, que puso música á las estrofas que es preciso citar aquí, á pesar de que hayan sido impresas en el segundo volumen de que hablaba Dauriat. Para adaptar á estos versos la música, la joven artista había roto la cesura con algunas modificaciones que podrían asombrar á los admiradores de la corrección á veces excesiva de aquel poeta:

## CANTO DE UNA JOVEN

¡Corazón mío, levántate! que ya la alondra  
sacude, cantando, sus alas al sol;  
no duermas, corazón mío, pues la violeta  
eleva á Dios sus primeros perfumes.

Cada flor fragante y plácida  
abriendo una á una los ojos para verse  
lleva en su cáliz un poco de rocío,  
perla de un día que le sirve de espejo.

Se siente en el ambiente puro que el ángel de las rosas  
ha pasado la noche bendiciendo las flores;  
se ve que todas han sido abiertas por él  
y que viene del cielo á reavivar sus colores.

Así, pues, ya que la alondra  
sacude, cantando, sus alas al sol,  
nada duerme ya, corazón mío, la violeta  
eleva á Dios su primer perfume.

Y puesto que lo permiten los progresos de la tipografía, he aquí la música de Modesta, á la que una expresión deliciosa comunicaba ese encanto que se admira en los grandes cantantes y que ninguna tipografía, aunque fuese la jeroglífica ó fonética, podrá nunca expresar:

Allegretto.

PIANO.

Mon cœur, lève-toi! Dé-jà l'a-lou-et -

- te Se-coue en chantant son aile au soleil; Ne dors

plus, mon cœur, car la vi-o-let - te É-lève à Dieu l'en-

CAPILLA ALFONSO

- cens de son ré-veil. Chaque fleur vi - van - te et

bien re-po-sée, On-vrant tour à tour les yeux pour se

voir, A dans son ca - li - ce un peu de ro-sé - e, Per - led'un

jour qui lui sert de mi-roir. On sent dans l'air pur que

l'an-ge des ro-ses A pas-sé la nuit à bé - nir les fleurs; On

voit que pour lui tou-tes sont é - clo-ses. Il vient d'en-haut ra-vi-

- ver leurs cou - leurs. Ain-si, lè-re-toi, puisque l'a-louet -

- te Se-coue en chantant son aile au so - leil; Rien ne dort

plus, mon cœur! la vi-o-let - - te É-lève à Dieu l'en-

- cens de son ré-veil. Rien ne dort plus, mon cœur! la vi-o-

- letto É-lève à Dieu l'en-cens de son ré-veil.

—Es muy bonito eso—dijo la señora Dumay.—Modesta es música, y ahí está todo.

—Tiene el diablo en el cuerpo—exclamó el cajero, al cual le penetró en el corazón la sospecha de la madre, causándole un estremecimiento.

—Modesta ama—repitió la señora Miñón.

Logrando, con el testimonio irrecusable de esta melodía, hacer participar á sus amigos de su creencia en el amor oculto de Modesta, la señora Miñón turbó la alegría que la vuelta y el éxito de su patrón causaba al cajero. El pobre bretón bajó al Havre á reanudar su trabajo en casa de Gobenheim, y después, antes de volver á cenar, pasó por casa de los Latournelle para expresarles sus temores y pedirles de nuevo ayuda y socorro.

—Sí, querido amigo mío—dijo Dumay en el umbral de la puerta al separarse del notario,—soy de la misma opinión que la señora: Modesta ama, esto es seguro, y lo demás sábelo el diablo. Heme ya deshonorado.

—No se apure usted, Dumay—respondió el diminuto notario.—Entre todos seremos tan fuertes como esa personita, y tarde ó temprano toda joven enamorada comete alguna imprudencia que la descubre. Esta noche hablaremos de ello.

De este modo aconteció que todas las familias adictas á la señora Miñón fueron presa de las mismas inquietudes que les punzaban la víspera antes de hacer la experiencia que el veterano creyó que había de ser decisiva. La inutilidad de tantos esfuerzos picó de tal modo la conciencia de Dumay, que éste se propuso no ir á buscar su fortuna á París hasta después de haber hallado la solución de este enigma. Aquellos corazones, para los cuales eran más preciosos los sentimientos que los intereses, comprendían en este momento que, si la joven no era inocente, el coronel podría morir de pena al encontrar además á Betina muerta y á su mujer ciega. La desesperación del pobre Dumay causó tal impresión á los Latournelle, que

olvidaron la partida de Exuperio, el cual se había embarcado aquella mañana para París. Los señores Latournelle y Butscha, durante los momentos de la cena en que estuvieron juntos, examinaron el problema por todas sus fases é hicieron acerca de él todas las hipótesis posibles.

—Si Modesta amase á alguno del Havre, hubiera temblado ayer—dijo la señora Latournelle;—de modo que su amante es indudablemente de fuera.

—Esta mañana ha jurado á su madre, delante de Dumay, que no había cambiado palabra ni mirada con ningún ser viviente...—añadió el notario.

—¿Amará acaso á mi manera?—dijo Butscha.

—Y ¿cómo amas tú, hijo mío?—preguntó la señora Latournelle.

—Señora—respondió el jorobadito,—amo en mi interior únicamente, y á una distancia poco más ó menos como de aquí á las estrellas...

—Y ¿cómo te las compones, animalote?—dijo la notaria sonriendo.

—¡Ah! señora—respondió Butscha,—lo que cree usted que es joroba es la funda de mis alas.

—¡Ahora caigo en la razón de tu sello!—exclamó el notario.

El sello del pasante era una estrella bajo la cual se leían estas palabras: *Fulgens, sequar* (brillante, te seguiré), la divisa de la casa de Chastillonest.

—Un ser bello puede sentir tanta desconfianza como el más feo—dijo Butscha como si hablase consigo mismo,—y Modesta es bastante lista para haber temblado ante la idea de ser amada únicamente por su belleza.

Los jorobados son creaciones maravillosas que, por lo demás, se deben en todo á la sociedad; pues en el plan de la naturaleza, los seres débiles ó contrahechos deben perecer. La curvatura ó la torsión de la columna vertebral hace que la mirada de esos hombres, en apariencia desgraciados, tenga una cantidad de flú-

dos nerviosos mucho mayor que la de los demás, flúidos que comunican al ser interior una especie de luz que lo vivifica, resultando de aquí fuerzas que se perciben á veces mediante el magnetismo, pero que generalmente se pierden á través de los espacios del mundo espiritual. En vano buscaréis un jorobado que no esté dotado de alguna facultad superior, ya sea una graciosa alegría, ya una perversidad completa ó ya una bondad sublime. Estos seres, privilegiados sin saberlo, viven en sí mismos como vivía Butscha, cuando no han gastado sus fuerzas, tan magníficamente concentradas, en su lucha para vencer los obstáculos que se oponen á su vida. Así se explican esas supersticiones, esas tradiciones populares á las que se deben los gnomos, los espantosos enanos, las disformes hadas, toda esa raza de botellas (como dijo Rabelais), llenas de elixires y de raros bálsamos.

Butscha adivinó casi á Modesta, y, llevado por su curiosidad de amante sin esperanzas, de servidor dispuesto siempre á morir como aquellos soldados que, solos y abandonados, gritaban en las nieves de Rusia: «¡Viva el Emperador!», propúsose sorprender por sí solo el secreto de Modesta, y siguió meditabundo y cabizbajo á sus amos cuando se fueron al *Chalet*, pues intentaba ocultar á todos aquellos atentos ojos y á todos aquellos oídos alerta el lazo que tendía á la joven. Este debía consistir en alguna mirada cambiada, en algún estremecimiento sorprendido, como cuando el cirujano coloca el dedo sobre alguna llaga oculta. Aquella noche Gobenheim no se presentó, y Butscha fué el compañero del señor Dumay contra los señores Latournelle. Cuando Modesta se ausentó, á eso de las nueve, á fin de ir á preparar lo necesario para acostar á su madre, la señora Miñón y sus amigos pudieron hablar á sus anchas; pero el pobre pasante, abatido por la convicción que había llegado á adquirir del amor de Modesta, pareció tan ajeno á aquella conver-

sación, como lo había sido la víspera Cobenheim.  
—¿Qué te pasa Butscha?—exclamó la señora Latournelle asombrada.—¡Cualquiera diría que has perdido á todos tus parientes!

Sendas lágrimas brotaron de los ojos del niño abandonado por un marinero sueco, y cuya madre había muerto de pena en el hospital.

—Ustedes son los únicos que me quedan en el mundo—respondió el jorobado con voz turbada,—y la compasión de ustedes es demasiado religiosa para que yo la pierda nunca ni dé motivos para desmerecer sus bondades.

Esta respuesta hizo vibrar una cuerda igualmente sensible del corazón de los testigos de esta escena: la de la delicadeza.

—Señor Butscha—dijo la señora Miñón emocionada,—aquí todos lo queremos á usted.

—Poseo seiscientos mil francos—dijo el honrado Dumay,—y te prometo que has de ser notario en el Havre y sucesor de Latournelle.

La americana, por su parte, había tomado la mano del jorobado y la estrechaba afectuosamente.

—¡Cómo! ¿posee usted seiscientos mil francos—exclamó Latournelle encarándose con Dumay tan pronto como pronunció estas palabras,—y tiene usted estas señoras aquí? ¡Y no es dueña Modesta de un bonito caballo ni prosigue con sus maestros de pintura, de música, de...!

—Sólo los tiene desde hace algunas horas—exclamó la americana.

—¡Chitón!—dijo la señora Miñón.

Mientras duraban estas explicaciones, la augusta patrona de Butscha se colocó al lado de éste, y, mirándole de arriba á abajo, le dijo:

—Hijo mío, te creo rodeado de tanto cariño, que nunca creí que esta locución proverbial pudiera agraviarte; pero debes darme las gracias por esta pequeña falta, porque ha servido para demostrarte que tus

hermosas cualidades te han valido la adquisición de excelentes amigos.

—¿De modo que han tenido ustedes noticias del señor Miñón?—dijo el notario.

—Vuelve—contestó la señora Miñón,—pero guardemos este secreto entre nosotros... Cuando mi marido sepa que Butscha nos ha hecho compañía, y que nos ha dado pruebas de una amistad desinteresada cuando todo el mundo nos volvía la espalda, no dejará que sea usted solo en protegerle, Dumay. Así es que, amigo mío—dijo procurando encararse con Butscha,—ya puede usted desde ahora entrar en tratos con Latournelle.

—Tiene ya veinticinco años y medio, y, por lo tanto, es mayor de edad—dijo el notario.—Hijo mío, al facilitarte la adquisición de mi estudio, no hago más que pagar una deuda.

Butscha, que besaba la mano de la señora Miñón regándole con sus lágrimas, mostró sus ojos anegados en llanto cuando Modesta abrió la puerta del salón.

—¿Quién hace llorar á mi enano misterioso?—dijo la joven.

—Señorita Modesta, ¿lloramos nunca de pena nosotros los hombres mecidos por la desgracia? Acaban de mostrarme tanto cariño como el que mi corazón encierra para todos aquellos á quienes me complacía en considerar como parientes. Seré notario, y podré algún día llegar á ser rico... ¡Ah! ¡ah! ¿quién sabe? acaso el que es hoy el pobre Butscha sea algún día Butscha el rico. Aun no sabe usted la audacia de que está dotado este deforme bicho—exclamó Butscha.

Y esto diciendo, el jorobado se dió un violento puñetazo en el pecho y se colocó delante de la chimenea, después de haber dirigido á Modesta una mirada que brotó cual un rayo de luz de entre sus gruesos párpados, al ver en este incidente imprevisto la posibilidad de penetrar en el corazón de su soberana. Dumay creyó durante un momento que el pasante se había atrevido

á dirigirse á Modesta, y cambió rápidamente con sus amigos una mirada que fué perfectamente comprendida por ellos, y que contribuyó á que contemplasen al jorobadito con una especie de terror mezclado de curiosidad.

—¡Yo también tengo mis proyectos!—repuso Butscha cuyos ojos no se separaban de Modesta.

La joven bajó sus párpados de un modo que fué ya para el pasante toda una revelación.

—Á usted le gustan las novelas: en medio de la alegría que me embarga, déjeme usted que le confie mi secreto, y me dirá luego si el desenlace de la novela inventada para mi vida es ó no posible; de no serlo, ¿de qué me sirve la fortuna? Para mí, el oro equivale á la dicha más que para ningún otro, pues mi felicidad consistirá en enriquecer á mi ser amado. Señorita, usted que sabe tantas cosas, dígame si es posible que una persona llegue á ser amada aparte de su forma, hermosa ó fea, y por su alma únicamente.

Modesta levantó los ojos y los fijó en Butscha, y esta mirada fué una interrogación terrible, pues Modesta llegó á participar entonces de las sospechas de Dumay.

—Una vez rico, buscaré alguna joven pobre y hermosa, ó una abandonada como yo que haya sufrido mucho y que sea desgraciada, y le escribiré, la consolaré y seré su buen genio; ella leerá en mi corazón, en mi alma, poseerá mis dos riquezas á la vez, á saber: mi oro delicadamente ofrecido y mi pensamiento adornado de todos los esplendores que la casualidad del nacimiento ha negado á mi grotesca persona. Permaneceré escondido como una causa buscada por los sabios. ¿Quién sabe si Dios es hermoso?... Como es natural, la joven que yo escoja sentirá curiosidad y querrá verme, pero yo le diré que soy un monstruo de fealdad, me pintaré horroroso...

Al llegar á este punto de su relato, Modesta miró fijamente á Butscha, y si le hubiese dicho: «¿Conoce usted mis amores?», no hubiese estado más explícita.

—Si tengo la dicha de ser amado por la belleza de mi corazón; si llega un momento en que logro parecer á aquella mujer nada más que un poco contrahecho, confiese usted que seré más feliz que el hombre más hermoso de la tierra y que un hombre de genio, amado por una criatura tan celestial como usted.

El rubor que coloreó el rostro de Modesta reveló al jorobado casi todo el secreto de la joven.

—Pues bien, enriquecer á la que se ama y agradecerle moralmente, abstracción hecha de la persona, ¿no es un medio para ser amado? He aquí el sueño del pobre jorobado, el sueño de ayer, porque hoy la adorable madre de usted acaba de darme la llave de mi futuro tesoro, prometiéndome facilitarme los medios para comprar un estudio. Pero antes de llegar á ser un Gobenheim, es preciso saber si esta espantosa transformación es útil. ¿Qué opina usted, señorita?

Modesta estaba tan sorprendida, que ni siquiera se apercibió de que Butscha la interrogaba. El lazo del enamorado fué mejor tendido que el del veterano, pues la pobre joven, estupefacta, quedó sin voz.

—¡Pobre Butscha!—dijo en voz baja la señora La-tournelle á su marido.—¿Se habrá vuelto loco?

—Quiere usted realizar el cuento de *la Hermosa y de la Tonta*, y olvida que la Tonta se convierte en príncipe Encantador,—contestó al fin Modesta.

—¿Lo cree usted así?—dijo el enano.—Yo siempre he imaginado que ese cambio indicaba el fenómeno del alma convertida en visible y eclipsando á la forma con su radiante luz. Si no soy amado, permaneceré oculto, y se acabó todo. Usted y los suyos, señora—añadió dirigiéndose á su ama,—en lugar de tener un enano á su servicio, tendrán una vida y una fortuna.

Butscha se fué á ocupar su asiento, y dijo á los tres jugadores afectando la mayor calma:

—¿Á quién le toca dar?

Pero en su interior se decía dolorosamente:

—Quiere ser amada por sí misma, mantiene correspondencia con algún falso gran hombre. ¿Quién sabe en qué situación se hallarán?

—Mamá, acaban de dar las diez menos cuarto,—dijo Modesta á su madre.

La señora Miñón dió las buenas noches á sus amigos y fué á acostarse.

Los que quieren amar en secreto, podrán tener por espías perros de los Pirineos, madres, Dumay, Latournelles, sin estar en peligro; pero ¿un enamorado?... Es diamante contra diamante, fuego contra fuego, inteligencia contra inteligencia, una ecuación perfecta cuyos términos son idénticos. El domingo por la mañana Butscha se anticipó á su ama que iba siempre á buscar á Modesta para llevarla á misa, y se apostó delante del *Chalet* esperando la llegada del cartero.

—¿Tiene usted hoy carta para la señorita Modesta?—dijo el jorobado al humilde funcionario de correos cuando le vió venir.

—No, señor, no...

—Hace ya algún tiempo que somos buenos parroquianos para el gobierno,—exclamó el pasante.

—¡Ah! ¡Diantre! sí,—respondió el cartero.

Modesta vió y oyó este pequeño coloquio desde su cuarto, donde acostumbraba á apostarse siempre á aquella hora detrás de la persiana para acechar la llegada del cartero, y bajó, salió al jardinito y dijo con voz alterada:

—¡Señor Butschal...

—Aquí me tiene usted, señorita—dijo el jorobado apareciendo en la puertecita que Modesta acababa de abrir.

—¿Podría usted decirme si entre los distintos títulos que ostenta usted para conquistar el cariño de una mujer, cuenta también el que le corresponde por el vergonzoso espionaje á que se entrega?—le preguntó la joven procurando anonadar á su esclavo con sus miradas y con su actitud de reina.

—Sí, señorita—respondió el jorobado con altivez.—¡Ah!—repuso en voz baja,—yo creía que los gusanillos no podían hacer favores á las estrellas... pero veo que me he equivocado. ¿Desearía usted que su madre, el señor Dumay y la señora Latournelle la hubiesen adivinado y que no lo hubiese hecho un ser casi proscrito de la vida, que se entrega á usted como una de esas flores que se cogen para servirse de ellas un momento? Todos saben que usted ama, pero yo solo sé cómo. Tómeme usted como si fuese un perro guardián, que yo la obedeceré, la velaré, no ladraré nunca y no la juzgaré en nada. Le pido á usted únicamente que me deje serle útil en algo. El padre de usted ha puesto á su servicio á un Dumay; tome usted á un Butscha, y ya verá usted el resultado que le da... ¡Á un pobre Butscha que no quiere nada, ni siquiera un hueso!

—Pues bien, lo ensayaré—dijo Modesta que quiso deshacerse de un guardián tan inteligente.—Vaya usted inmediatamente, de posada en posada, á Gravelle y al Havre á saber si ha venido de Inglaterra un tal don Arturo...

—Escuche usted, señorita—dijo Butscha respetuosamente interrumpiendo á Modesta,—es mejor que vaya á pasearme á orillas del mar, y con eso bastará; porque lo que usted desea es que yo no vaya hoy á la iglesia.

Modesta miró al enano dando muestras de un asombro estúpido.

—Escuche usted, señorita; aun cuando se haya vendado la cara con un pañuelo y con algodón en rama, ya sé que no le duele á usted nada... Y si lleva usted un doble velo en el sombrero, es para ver sin ser vista.

—¿De dónde le proviene á usted esa penetración?—exclamó Modesta poniéndose roja como la grana.

—Mire, señorita, usted no lleva corsé, y un dolor de muelas no la obligaría á desfigurarse el talle ponién-

dose varias faldas, á esconder las manos con guantes viejos, y los pies con horribles botinas, á vestirse mal, á...

—¡Basta!—dijo Modesta.—Ahora, ¿cómo adquiriré la certeza de haber sido obedecida?

—Mire usted, mi amo quiere ir á San Adresse, y, como es muy bueno, no ha querido privarme de mi domingo; pero esto lo tiene contrariado, y yo mismo le propondré que nos vayamos.

—Está bien, hágalo así, y tendré confianza en usted.

—¿Está usted segura de no necesitar me en el Havre?

—Sí. Escuche usted, enano misterioso, mire—le dijo Modesta mostrándole el cielo sin nubes,—¿ve usted la huella del pájaro que pasaba volando ahora mismo? pues bien: mis acciones, puras como el aire es puro, no dejan más huellas en mi vida que las que deja el pájaro en el aire. Tranquilice usted á Dumay, á los Latournelle y á mi madre, y sepa que esta mano—añadió mostrándole una mano bonita y fina, de dedos encorvados hacia arriba y transparente,—no será concedida ni recibirá siquiera un beso de un amante hasta que vuelva mi padre.

—Y ¿por qué no quiere usted que yo vaya hoy á la iglesia?

—¿Me interroga usted, después de lo que he tenido el honor de decirle y pedirle?

Butscha saludó sin replicar, y corrió á casa de su amo, loco de alegría ante la idea de entrar al servicio de su anónima dueña.

Una hora después, los señores Latournelle fueron á buscar á Modesta, la cual fingió un horrible dolor de muelas.

—Ni siquiera he tenido espacio para vestirme—dijo la joven.

—Pues no salga usted—dijo la notaria.

—¡Oh! no, quiero ir á rogar por la feliz llegada de mi padre—respondió Modesta,—y he pensado que,

abrigándome de este modo, la salida me hará más bien que mal.

La señorita Miñón echó á andar al lado de Latournelle, y se negó á dar el brazo á su dueña por temor á ser preguntada acerca del temblor nervioso que la agitaba ante la idea de que en breve iba á ver á su gran poeta. Una sola mirada, la primera, ¿no iba á decidir su porvenir?

¿Existe en la vida del hombre una hora más deliciosa que la de la primera cita amorosa? ¿Vuelven á renacer jamás las sensaciones ocultas en el fondo del corazón y que se dejan sentir entonces? ¿Se vuelven á encontrar los placeres sin nombre que se saborean buscando, como lo hizo Ernesto de La Briere, las mejores navajas de afeitar, las camisas más hermosas, los cuellos más irreprochables y los trajes más nuevos? Las cosas asociadas á esta hora suprema quedan deificadas, hace entonces uno por sí solo poesías secretas que igualan á las de la mujer, y el día en que por ambas partes se adivinan, todo desaparece. ¿No ocurre con esas cosas como con la flor de esos frutos silvestres, acre y suave á la vez, perdida en el seno de los bosques, alegría del sol, sin duda, ó, como dice Canalis en el *Canto de una joven*, alegría de la planta misma á quien el ángel de las flores ha permitido que se vea? Esto tiende á recordar que, como muchos seres pobres para quienes la vida comienza con el trabajo y los cuidados de la fortuna, el modesto La Briere aun no había sido amado nunca. Llegado la víspera por la noche, se había acostado en seguida como una coqueta, á fin de borrar las huellas del cansancio del viaje, y acababa de vestirse y de hacerse un tocado meditado de antemano, después de haber tomado un baño. Aunque sólo fuese para justificar la última carta que debía escribirle Modesta, nos parece este el lugar más oportuno para hacer el retrato de La Briere.

Descendiente de una buena familia de Tolosa y pa-

Capilla Alfonso XIII

riente lejano del ministro que lo tomó bajo su protección, Ernesto posee ese aire distinguido que revela una educación recibida desde la cuna, pero revestida de gravedad con el hábito de los negocios, si bien desprovista en todo de esa pedantería que es el escollo de toda gravedad prematura. De mediana estatura, se recomienda por su rostro fino y suave, que estaba realzado á la sazón por un bigotito pequeño y una mosca á lo Mazarino. Sin este testimonio de virilidad, era tan delicado el corte de su cara y está uno tan dispuesto á atribuir á una mujer sus dientes de transparente esmalte y de una regularidad que parecía artificial, que acaso lo hubiera tomado por una joven disfrazada. Unid á estas cualidades femeninas, un hablar suave como la fisonomía, dulce como sus ojos azules provistos de párpados turcos, y concibiréis perfectamente que el ministro hubiese apodado á su secretario particular la señorita de La Briere. De frente espaciosa, pura y perfectamente formada por negros y abundantes cabellos, parece soñador y no desmiente la expresión de su rostro, que es completamente melancólico. La prominencia de la órbita del ojo, aunque es de elegante corte, sombrea la mirada y añade aún á la melancolía esa tristeza física, por decirlo así, que producen los párpados cuando están demasiado caídos sobre la pupila. Esa duda íntima, que traducimos nosotros con la palabra modestia, anima, pues, sus rasgos y su persona. Acaso se comprendería mejor este conjunto si hiciésemos observar que la lógica del dibujo exigiría mayor longitud en el óvalo de aquella cabeza y más espacio entre la barba, que acaba bruscamente, y la frente demasiado disminuída por la manera como están plantados los cabellos. De modo que su cara parece como aplastada. El trabajo había formado ya su surco entre sus cejas, demasiado pobladas y juntas, como las de las gentes celosas. Aunque La Briere estuviese á la sazón delgado, pertenece á ese género de temperamentos que,

formados tarde, adquieren á los treinta años una gordura inesperada.

Este joven hubiese representado bastante bien á la gente que conoce la historia de Francia, la real é inconcebible figura de Luis XIII, dotado de melancólica modestia sin causa conocida, pálido bajo su corona, amante de las fatigas de la caza y enemigo del trabajo, tímido con su querida hasta el punto de respetarla, indiferente hasta el punto de permitir que cortasen la cabeza á su amigo, y del que sólo pueden dar explicación los remordimientos de haber vengado á su padre en su madre; en una palabra, ¿fué el Hamlet católico ó fué sencillamente presa de alguna enfermedad incurable?... Pero el gusano roedor causa de la lividez de Luis XIII y del agotamiento de sus fuerzas, era entonces en Ernesto sencilla desconfianza de sí mismo, timidez del hombre á quien ninguna mujer ha dicho: «¡Cuanto te amo!», y, sobre todo, abnegación inútil. Después de haber oído, con la caída de un ministerio, el toque de agonía de una monarquía, este pobre muchacho había encontrado en Canalis un peñasco oculto bajo elegante musgo, y buscaba con ansia algún ser de prestigio á quien amar, y aquella inquietud de perro que buscaba á su amo le daba el aspecto del rey que encontró el suyo. Aquellas dudas, aquellos sentimientos, aquel tinte de sufrimiento que tenía su fisonomía, contribuían á hacer al refrendario más guapo de lo que él mismo creía, pues el pobre joven no estaba satisfecho con verse clasificado por las mujeres entre el género de los hermosos melancólicos, género pasado de moda en un tiempo en que todo el mundo quería poder guardar por sí solo las trompetas de la fama.

El desconfiado Ernesto había querido, pues, sacar todos los prestigios del traje que estaba entonces de moda. Para aquella entrevista, en la que todo dependía de la primera mirada, se puso un pantalón negro y unas botas cuidadosamente lustradas, un chaleco